

UN BRINDIS POR EL RODRIGO CARO*Salvador Ortiz*

Alguien dijo que siempre se vuelve a los lugares en los que uno fue feliz, en los que amó la vida. Tal vez sea cierto. En mi caso es así, pero no del todo. Hay lugares que se visitan y lugares que se viven. He visitado muchos, unos una sola vez, otros en más de una ocasión, de algunos he guardado memoria, de otros solo fotos o algún objeto para dar fe de mi presencia en ellos y una mayor rotundidad a su recuerdo. Con el paso del tiempo algunos se han difuminado hasta tal punto que ni las fotos ni los objetos, testimonios infalibles, consiguen hacerme recordar. Esos, definitivamente, no son los lugares de mi vida a pesar de la felicidad exultante que manifiesta el tipo ese que aparece en las fotos, que debo ser yo, a veces solo, a veces en compañía, delante de una fachada románica, subido a una enorme roca alzando los brazos en señal de triunfo, contemplando unas ruinas romanas, o una cascada que se despeña, al fondo, sobre una laguna de aguas como espejo. Los he olvidado porque ninguno dejó huella en mí más allá de la fascinación, la alegría, o el desencanto del momento. También he vivido muchos otros, los lugares de mi infancia, la casa de mis padres, mi casa, la casa de mis abuelos, los institutos en los que he trabajado.... Éstos están tan vivos en mi memoria, tan presentes, que se han convertido en los puntos cardinales de mi vida, son mi esencia, pero no por ser lugares, sino por las personas, para mí importantes, que los habitaron, por lo vivido, y aunque guardo muchas fotos ninguna me es necesaria para recordar ni el lugar, ni a las personas. En todos ellos fui feliz, aunque no del todo, y a muchos he vuelto una y otra vez. Algunos están ya vacíos, deshabitados, otros han desaparecido o no son lo que fueron. Sencillamente el tiempo ha hecho estragos.

El Rodrigo Caro es uno de esos pocos lugares de mi vida que sigue en pie. Un lugar al que ya en mi época de estudiante soñé volver convertido en profesor como homenaje y agradecimiento a aquellos otros profesores que hicieron de mí parte de lo que soy. Aquí volví hace ahora nueve años cumpliendo aquel sueño de juventud. Ha sido una larga espera pero, creanme, ha valido la pena. Así que, en parte, es cierto eso de que se vuelve a los lugares en los que se fue feliz, pero no del todo.

La adolescencia no es el mejor de los tiempos, aunque tampoco lo es la madurez; en realidad, ninguna etapa de la vida lo es en su totalidad, pero la adolescencia... ¡madre mía! ¡qué etapa tan difícil cuando se vive y qué maravillosa cuando se la recuerda despojada ya de sus muchos sinsabores.

Como en el mito griego para algunos jóvenes la adolescencia se convierte en un verdadero laberinto al que son arrojados, como sacrificio al Minotauro, donde se pierden sin posibilidad de retorno. Quizás para servir de escarmiento a otros jóvenes y mantener la paz y el orden tan necesarios y tan gratos a los dioses y a los hombres. Yo fui uno de esos jóvenes condenados a vagar durante años en las profundidades de aquellos largos, fríos y tenebrosos callejones que, sin saber cómo y a pesar de mis esfuerzos, siempre me conducían al borde del abismo donde habita la fiera. No todos tenemos la suerte de Teseo, el ateniense, de entrar ya advertidos y pertrechados con el amor y el ovillo de Ariadna, para derrotar al monstruo y salir triunfantes. Yo, en eso, creo que fui afortunado. Después de años de vagancia, condenado al laberinto, tuve la suerte de matricularme en el nocturno del Rodrigo Caro, en lo que fue tal vez un último y desesperado intento de encontrar el camino a la salvación.

Aquel edificio recién inaugurado todavía se adivina a pesar del tiempo y las remodelaciones inevitables. Desgraciadamente algunas de las personas que lo habitaron entonces ya no están, aunque las veo pulular por los pasillos de mi memoria como fantasmas. Recuerdo y oigo las voces de mis antiguos compañeros, las risas, el olor a libro nuevo, el de los cigarrillos y el café compartidos, el color de los sueños que nos inundaban, su amistad desinteresada y sincera, las confesiones, las complicidades... Sentado a las mismas mesas que mis viejos profesores me invade una nostalgia y una gratitud enormes y los recuerdo a cada momento, a cada uno de ellos, a Teresa, mi profesora, mi amiga y, luego en mi vida profesional, compañera, a Isabel, a Paco, a Ana, a J. Manuel, a Antonio..., a todos ellos, e intento emularlos en todo lo bueno que aprendí de cada uno. Esa es mi única fuente de pedagogía mal que le pese a algunos pedagogos. Unos me enseñaron mejor que otros la Historia, la Literatura, las Matemáticas, las Ciencias, el Arte, la Filosofía..., eso es inevitable, pero todos se esforzaron pacientemente en poner en mis manos rebeldes una punta del ovillo para que no me perdiese en el laberinto y pudiese encontrar la salida. Y por eso me hice profesor, por su ejemplo admirable. En todos estos años no me he cansado de lanzar el ovillo una y otra vez; quizás, de eso estoy seguro, no haya sido el mejor profesor de Historia, ni me importa, créanme. Mi única aspiración ha sido evitar que los jóvenes a los que he tenido el privilegio de enseñar se perdiesen, como tantas y tantas veces ocurre, en el laberinto. Sé de mis muchos e inevitables fracasos, pero nunca me he cansado de lanzar una y otra vez la punta del ovillo y me doy por satisfecho si, a lo largo de todos estos años, he podido ayudar aunque sea a uno solo de esos adolescentes perdidos a encontrar la salida, y, si además, he conseguido que alguno llegue a apreciar la Historia o a disfrutar del Arte, por más que pagado.

Hoy el Rodrigo Caro es otro que aquel que yo viví como alumno. El edificio ha cambiado, son otros los profesores, mis compañeros, otros los alumnos, los bedeles, el personal, los tiempos; incluso me atrevería a decir que aquel Rodrigo Caro es sólo mío y que cada uno de los que hemos pasado por aquí tiene el suyo propio, pero estoy seguro que en todos ellos late el mismo espíritu y en cada uno de nosotros el mismo agradecimiento por la labor y el esfuerzo que aquí se hizo y se hace año tras año, generación tras generación.

Hoy me jubilo y dejo la enseñanza (si está leyendo esto en este momento ya hará unos meses que estoy jubilado) Quizás no vuelva por aquí pero dará igual porque el Rodrigo Caro me acompañará siempre y, tal vez, en la memoria de algún alumno, yo llegue a ser como uno de esos fantasmas que habitan la mía y que me han ligado de por vida a este lugar. A lo mejor, quién sabe, alguno, como yo, regrese alguna vez convertido en profesor de Historia, o como padre le cuente a sus hijos que aquí fue feliz aunque no del todo, y les hable del lugar y de las gentes que lo habitaron.

Un brindis por el Rodrigo Caro, por éste, por el de mi memoria y por el de cada una de las personas que lo han vivido, por sus cincuenta años y por doscientos más.